

# CRÓNICAS

---

## PREMIO NACIONAL DE PAZ



# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

PRÓLOGO	
UNA PAZ ESQUIVA	VII
LOS SOBERANOS	1
<i>Patricia Nieto</i>	
VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA	19
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO	33
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN	53
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO	67
<i>José Alejandro Castaño</i>	
BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE	79
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO	89
<i>José Navia</i>	
UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO	103
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
MADRES CORAJE	115
<i>María Teresa Ronderos</i>	

<b>LA FAMILIA AUSENCIA</b> <i>Cristian Valencia</i>	<b>131</b>
<b>CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN</b> <i>Pilar Lozano</i>	<b>145</b>
<b>EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS</b> <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	<b>161</b>
<b>“HERMANO PARA SIEMPRE”</b> <i>Marta Ruiz</i>	<b>187</b>
<b>VOLVER A EMPEZAR</b> <i>Sandra Janer</i>	<b>199</b>

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO

---

ALEJANDRA DE VENGOECHEA\*

Chocó es el nombre propio que tienen el abandono y la pobreza en Colombia. Si a eso se le suma una guerra de paramilitares, guerrilleros y hasta fuerzas del Estado contra la población, el resultado es una crisis humanitaria monumental. En medio de todas estas tragedias, la Diócesis de Quibdó lucha por los derechos y la dignidad de los chocoanos. Su difícil e impresionante labor mereció el Premio Nacional de Paz en 2005.

---

\* Estudió Periodismo en la Universidad Javeriana de Bogotá y fue becada por el gobierno francés para especializarse en Política europea y bloques económicos. Ha trabajado en el diario *El Tiempo*, la *Agencia France Presse (AFP)*, *El Espectador*, las revistas *Cambio16*, *Cromos* y *Credencial*. Luego de ser editora de un portal argentino de internet, decidió independizarse y ser free lance de mente y de bolsillo. Junto con perfiles que escribe para la revista *Gatopardo* y la docencia en la Universidad de los Andes, desde el 2002 es la corresponsal en Colombia del diario *ABC* (Madrid), cargo que le permitió cubrir la posguerra en Iraq (2003) y la guerra olvidada en Afganistán (2004).



**M**e subo al avión rumbo a Quibdó, la capital del Chocó, con la última edición de la revista *Soho* bajo el brazo. Tres artículos hablan sobre la guerra olvidada en algunos pueblos de Colombia y hay varias páginas con fotos en blanco y en negro de Jesús Abad Colorado, uno de los mejores retratistas del conflicto colombiano. Una se me queda para siempre. La de Aniceto Córdoba agachado y derrotado sobre el ataúd de Ubertina, su mujer, fotografiada muerta en un cayuco de madera vencida. Diez líneas dicen que a Ubertina la mató una bala perdida; que se desangró entre ese bote por falta de atención médica; y que, como único ritual posible, Aniceto le entregó al río el tablón que le sirvió de camilla y la manta que cubrió el cuerpo durante su traslado.

A Aniceto se le ven las venas, se le ven los dientes, se le ve el dolor. Y yo, que debo escribir sobre una Diócesis premiada por ayudar a personas como él, entiendo en este avión que sólo supe del Chocó por fotos como estas, el día que un cilindro bomba entró por el techo de una iglesia y mató a 119 personas. Y soy colombiana, y soy periodista y hace siete años no sabía cómo se vivía en esta parte de mi país.

Ahora, sentada frente al río Atrato esperando a que me recibieran en la Diócesis de Quibdó para evaluar para qué sirvió haberse ganado el Premio Nacional de Paz hace cuatro años, leo los motivos del galardón. A esta Diócesis, una de las casi ochenta que existen en Colombia, la premiaron por “haber acompañado a las comunidades indígenas y afro-colombianas de la región en proyectos de defensa de los derechos humanos, fortalecimiento cultural, procesos organizativos populares e intervención humanitaria”.

¿Cómo se premia la compañía, el fortalecer, el estar ahí? ¿Cómo se mide “la articulación del trabajo organizativo y el arraigo de estas comunidades a las tradiciones culturales”? De eso se trata.

Veo jóvenes desnudos bañarse en el Atrato. Veo niños riendo porque esa tarde la madre les compró un mango biche o un chontaduro anaranjado con sal. Quibdó me recuerda a Kabul, la capital afgana, donde la pobreza no llora sino que ríe. Como si el secreto estuviera en dar. Como si a mayor dificultad, mejor ser humano se fuera. Como si ver la miseria humana diera un sentido en la vida. Un reflexionar siquiera. Al menos dar un abrazo, y sentir que el otro lo recibe. Se funde. Lo agradece.

No de otra manera recordaría el primero de los muchos optimismos que me quedó de ese viaje. Salir, por ejemplo, de un aeropuerto derruido y ver un piquete de camionetas blancas con siglas azules pintadas que dicen ONU, UNICEF, PNUD, PLAN. Dan brincos por calles sin pavimentar, caóticas entre tanta moto, niño, comercio, olor a pescado.

¿Por qué donde hay miseria siempre hay exceso de asistencia y no se ven los resultados?

Mientras me preguntaba de qué servía cobijar, cayó a mis pies un volador, como llaman aquí a los paquetes que lanzan al aire y se quedan en las fosas nasales para siempre. Como en Kabul donde no empacan cuidadosamente los excrementos. —¡Aquí no hay baños, señoooo! —grita alguien y me siento, por primera vez, minoría entre un 80 por ciento de población negra, un 11 por ciento de indígenas y un 6 por ciento de mestizos.

¿Cómo es posible vivir aquí donde el 22 por ciento de los habitantes no tiene acueducto, el 15 por ciento no tiene alcantarillado, nadie tiene agua potable? ¿Qué es de la vida de Aniceto? Lo encontraría al final del viaje, tras ver cómo es que se cultiva sin esperar cosecha.

“NO DAMOS EL PESCADO, ENSEÑAMOS A PESCAR”

La Diócesis de Quibdó, un edificio estilo republicano amarillo con blanco ubicado en el centro de esta ciudad de 130.000 habitantes,

parece importado de otro país en medio de casas de madera sin piso, sin ventanas, sin nada. Afuera en los parqueados hay carros blindados con placas diplomáticas, porque están de visita las embajadoras de Suecia, Holanda y Noruega. También llegó un grupo de *rap* americano y me encuentro en las escaleras a tres voluntarios españoles de Médicos del Mundo que llegaron de vacaciones.

—¿Van a Nuquí, a Bahía Solano, a ver ballenas?

—Venimos a ver a los indígenas, a ver cómo podemos ayudarlos.

—¿Ayudarlos cómo?

—Hábitos de higiene y agua potable, armar huertas medicinales o tener en casa un botiquín de primeros auxilios. Aquí hay mucho por hacer —me dicen.

La Diócesis los acompaña. Les ayuda.

Pero por mucha intención que llega, no es fácil. Para lograr un buen trabajo se necesita constancia, presencia y control. La mayoría monta proyectos temporales, da una que otra plata y se va. Aquí no se sabe por dónde empezar, qué se puede hacer. Es tanto el abandono, tanta la orfandad, tanta la dependencia que, a fin de cuentas, un paño de agua tibia es mejor que nada.

En Chocó todo es urgente desde hace mucho tiempo ya. En 1955, por ejemplo, el general Gustavo Rojas Pinilla propuso repararlo en dos y anexarlo administrativamente a Antioquia y al Valle del Cauca. Protestaron los políticos y el General terminó su mandato sin que pasara nada. Luego, el departamento fue intervenido por la Ley 550 –de empresas en quiebra–, sin resultado alguno. Ahora se habla otra vez de una reforma constitucional para repartir sus 46.000 kilómetros cuadrados, de los cuales más del 90 por ciento son selva virgen. ¿Adivinen entre cuáles departamentos? Antioquia y el Valle del Cauca. Sí, otra vez.

Quizás Antioquia acepte el reto. Ya se ven por las calles de Quibdó los carros de las Empresas Públicas de Medellín intentando instalar el alcantarillado. A fin de cuentas el Chocó, declarado por la Unesco reserva de la humanidad, tiene grandes riquezas –oro, platino, productos forestales, maderas– pero cuenta con el más bajo nivel de kilómetros de carretera pavimentada por cada 1.000 habitantes. De

Medellín a Quibdó hay 136 kilómetros. Recorrerlos toma 18 horas. Con una producción muy inferior al 1 por ciento del PIB, el Chocó es completamente dependiente de las transferencias estatales. Quizás por eso, por depender y no producir ni valorar lo que tiene, este departamento es uno de los más corruptos.

Un dato. En 2008 el gobierno giró 50.000 millones de pesos para salud, educación y saneamiento básico. Según investigaciones publicadas por el diario *El País* de Cali, 19.000 millones de pesos –¡casi la mitad!– fueron robados por funcionarios y ex funcionarios del Chocó.

Entonces se entiende por qué aquí se mueren de desnutrición los niños y por qué un chocoano tiene en promedio una oportunidad de hospitalización cada 25 años y de acceder a una cirugía cada 200 años; mientras el gobernador, Patrocinio Sánchez, es investigado por segunda vez por el desvío de recursos públicos.

Aquí hay mucho, sí, y es bonito, sí, y hay ganas, sí, pero lo que se produce no se comercializa y por eso en Quibdó sólo el 18 por ciento de los habitantes tiene empleo. Los demás pierden el tiempo, o “quemam moño”, como le dicen a la marihuana, que alternan con horas frente al televisor y con juegos de fútbol. No hay cines, ni parques, ni teatros. No hay educación –el analfabetismo supera tres veces el 6,9 por ciento nacional–; no hay casas en las que se nace y se muere y el 15 por ciento de los 450.000 habitantes ha sido víctima del desplazamiento forzado porque aquí hay guerrillas y paramilitares que se pelean el oro, el platino, las salidas al mar para transportar drogas, cultivos de palma, lo que sea.

—Ese premio nos sirvió para protegernos, para darnos seguridad porque estamos muy amenazados, para que visualizaran la región, para hacer alianzas internacionales —explica el padre Jesús Albeiro Parra, 48 años, 14 coordinando la Pastoral Social de esta Diócesis que existe desde 1908 y en la que trabajan 37 sacerdotes y más de 50 religiosos.

No tiene tiempo qué perder. Mira el reloj cada segundo, me dice que con ese premio pudieron internacionalizar el problema de las comunidades afro-colombianas e indígenas, que les enseñan a pescar y no les dan el pescado.

¿Será?

Veo que aquí dan mucho. Que asisten a los desplazados, organizan comunidades, monitorean a las víctimas del conflicto, van a donde nadie va, hablan con los unos y los otros. —No somos neutrales —responde el padre cuando le pregunto cómo hablan con la guerrilla o los paramilitares—. Nuestro compromiso es con la persona humana, con la gente que está siendo victimizada. —Y me recuerda los costos. Michel Quiroga, misionero asesinado en 1998. Jorge Luis Mazo, párroco de Bellavista, asesinado a los 32 años en el río Atrato junto con el cooperante vasco Iñigo Egiluz Tellería. Yolanda Cerón, asesinada en el 2000. Rafael Gómez, muerto por afasia, depresión, dolor en 2006. —Nos matan por nuestro trabajo —me dice el padre Albeiro, quien llegó a estas tierras en 1978 cuando hacía parte de los *Boys Scouts*. Él se salvó de que el jefe paramilitar Carlos Castaño lo matara porque fue a su casa, lo miró a los ojos y le dijo: —máteme aquí si quiere. Y Castaño ordenó que al padre Albeiro le respetaran la vida.

Históricamente el trato con la Iglesia en el Chocó ha sido afable. Las tribus de aquí, los Chocó, resistieron con fuerza el proceso de colonización de los españoles, que estaban obsesionados con el oro de estas tierras. Siempre opusieron resistencia al trabajo forzado y por eso los españoles tuvieron que importar mano de obra esclava para las actividades mineras. Sólo hasta mediados del siglo XVII los Chocó estuvieron parcialmente pacificados, en gran parte como resultado de la labor de los misioneros. Desde entonces todo es Iglesia.

¿Una aguja? Los padres. ¿Una denuncia? Los padres. ¿Comida? Los padres. ¿Abrazo? Los padres. —Como la Diócesis ha sido clara y seria en sus posiciones, nos llega toda la información porque la gente es nuestra aliada. Nos hemos ganado la confianza —me diría Monseñor Fidel León Cadavid, el Obispo de Quibdó desde el 2001, sentado en su despacho del edificio republicano, tan fresco en su camiseta de algodón.

Toda esta historia, sin embargo, sigue siendo demasiado numérica para mí. El padre Albeiro me dice que la Diócesis ha liderado 100 proyectos productivos, que han formado 200 agentes en botiquines comunitarios, que ha mediado en 150 secuestros, que

les enseñan a las mujeres a ser productivas, que saben de derecho internacional humanitario, de derechos humanos, que sacan a los niños de los grupos armados. Y yo no veo todavía nada. Pido que me lleven a algún sitio.

## EL SECRETO

Quibdó está rodeado de barrios de desplazados con nombres que para ellos significan esperanza: Villa España, Uribe Vélez, El Reposo. Barrios con casas hechas de palos y de plásticos. Barrios donde hay una escuela hecha por los americanos, un coliseo por los franceses, bibliotecas por los japoneses, libros donados por los españoles. Barrios de retazos hechos por otros menos por Colombia.

Camino por entre calles de polvo, me tropiezo con las gallinas, los cerdos, perros, cientos de bolsas voladoras, ollas con aceite hirviendo. El padre Luis Carlos Hinojosa, de 40 años, me explica cómo hicieron para entrar, empoderar y hacer valorar. —Quisimos enseñarles que también se puede dar, no sólo recibir—me explica que esa iglesia blanca tan bonita, rodeada de flores de colores, la hicieron entre todos. Rifaron una gallina, se inventaron un concierto, pintaron y vendieron lienzos para armar un centro de encuentro, de sosiego, de desahogo. Las manos y el esfuerzo de todos estaban allí. Regresó la autoestima, la identidad, la pertenencia.

Luego vino el colegio Pedro Grau, de cemento armado, con bus propio. ¡Una belleza entre tanta miseria!, hecho con dineros extranjeros. Y los 4.950 niños tuvieron algo distinto qué hacer, y sus mamás pudieron trabajar en aseo y ser profesoras. —Venir al colegio era la oportunidad para comer. Los niños se llevaban la comida que se les daba aquí para compartirla con sus hermanos—sigue el padre Luis Carlos a quien abrazan todos, extrañan, alaban, quieren. La Iglesia en esta ciudad es recibida como la madre protectora.

A nuestro paso sale Napoleón García, el director del colegio, el hombre que postuló la Diócesis al Premio Nacional de Paz. Dice que lo hizo por sus logros y sus trabajos en la defensa de la vida. —Arriesgan sus vidas por salvar vidas de campesinos. Admiro el heroísmo de los misioneros. Valioso en un país donde la Iglesia es

considerada un baluarte del conservadurismo. A la Iglesia de aquí la ven como progresista, liberal. No se imaginan lo que hacen.

Son progresistas, sin duda. Antes de ser sacerdote, Luis Carlos fue lo que es todo ser humano. Bebió, bailó, amó a las mujeres, que también lo amaron; se indisciplinó, enloqueció a sus padres que —ya no me decían nada porque era indomable. Y un día entró a la iglesia, y vio a un sacerdote. Supo cómo trabajaban. Viajó por los ríos y entendió que tenía más sentido en su vida dar que recibir y cambió; y con aplomo y franqueza dice que si alguna vez le llega una buena mujer, ese será otro tema. Sin excusas de castidades y prohibiciones.

Y entonces entiendo por qué estos padres sí entienden a los otros. Por la sencilla razón de que también vivieron sus vidas. Así como cuando nos encontramos con esa mujer recién parida, con una bebita en los brazos y los ojos aguados —por qué no me sale leche padre, por qué tengo hambre padre, por qué ¿qué hice con mi vida, padre, si a los 17 años tengo dos hijos de diferentes padres, padre?; —y el padre le suelta esa gran sonrisa y le da un abrazo y le dice que no se preocupe que todo tiene solución, que vaya donde la vecina, que ella le cuida el niño y así duerme y se le pasa la angustia y produce leche. Y ella le cree. Y sonrío. Y se le olvida que antes lloraba.

## ÚRSULA, LA CEREZA EN EL HELADO

Se quejan. Dicen que antes bastaba con salir de sus casas y tener el pescado en sus redes, los hijos juntos a ellas, el marido labrando, el río para bañarse. Que con el desplazamiento perdieron la dignidad, la comida, la humildad, el sentido de la vida, la pertenencia. Que la ciudad las amilanó, que supieron qué era el hambre, la desvergüenza, el no tener nada.

Nueve mujeres quejándose mientras bordan muñecas negras, manteles, limpiones, individuales, carteras, servilletas. Todas cuentan sus historias como si pelaran manzanas. Viudas con tres hijos, con hijos de un hombre e hijos de otro. Hijos ladrones, drogados, perdidos. Madres sin abuelas. Abuelos enterrados en el río. Mataron, botaron al río, perdí mi hijo, estoy sola. Y no salen lágrimas.

Se quejan de Úrsula Holzapfel, la misionera que aparece con sus crespos en desorden en esa foto colgada en la pared del taller donde se hacen las artesanías choibá. Que les desbarataba todo, hasta las puntadas buenas, dicen: —porque qué íbamos a saber nosotras de estas cosas tan delicadas, señora periodista, si éramos del campo y empezar a los 40 años a bordar puntos finos... punto de cruz, que punto cadena, que hacer crochet. Y Úrsula nos hacía llorar. Empezamos 300 mujeres aprendiendo a hacer esta cosa y quedamos nueve.

Entonces recuerdan la primera vez que vendieron alguna cosa. Ocho mil pesos bordados punto por punto. Y se chupan los dedos agujereados por tanta aguja. Se ríen de medio lado, como cuando uno sabe que los mejores tiempos fueron los más duros. Úrsula, como los padres y las hermanas voluntarias, han hecho en la Diócesis algo que les agradecerán toda la vida: enseñarles a estas mujeres a vivir en un medio que no es el suyo, a ganarse la vida con cosas que no son dadas por la naturaleza, a ser independientes, a quererse por producir, a tener autoestima por ser útiles.

El Estado y la Diócesis son los mayores empleadores en Quibdó. Llegan construyendo una iglesia, después el colegio, luego uno que otro negocio para darle a grupos humanos una forma de sustento. Barrios donde lo único productivo es ir al colegio, a la misa y... ¿Un pancito?... Vamos a la panadería que hicieron los padres para las mujeres cabezas de hogar.

¿Vamos al restaurante, hoy domingo?... A “Café y chontaduro”, hecho por los padres para las viudas. ¿Un hogar comunitario? Los padres. ¿Unos niños haciendo crucigramas y rompecabezas con destreza en un departamento en donde el 97 por ciento de los estudiantes está por debajo del nivel mínimo en el Icfes? Los padres. Y ellas, las misioneras, mujeres italianas, españolas, colombianas que pasan sus años aquí construyendo sobre rocas, por otros. No sólo enseñan: labran, disciplinan, muestran. También pacifican. Entre puntada y puntada estas mujeres no olvidan lo que les pasó, pero al menos duermen un poco el alma. —Hay días que incluso no nos acordamos de lo que vivimos.

A Úrsula Holzapfel la había visto hace años en un video que circuló sobre la masacre de Bojayá, en 2002, donde una bala mató a

Ubertina, la esposa de Aniceto, el de la foto. Aparecían los periodistas internacionales junto a Anders Kompass, en ese entonces director en Colombia de la oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Aparecía el párroco Antún Ramos, llorando entre manos amputadas, porque el cilindro bomba que lanzaron los guerrilleros –o los paramilitares, vaya uno a saber– cayó por entre el techo de su templo. Aparecían los helicópteros del Ejército llegando por primera vez a un pueblo que nunca había pisado. Aparecía el presidente Andrés Pastrana con unos americanos y su anuncio de construir un pueblo nuevo. Para muchos, el Chocó empezó a existir ahí. Pero ella, Úrsula, que ya llevaba más de veinte años en estas selvas, apareció al fondo, atrás de Kompass, sin que la vieran, sacando de los escombros el cáliz del padre Antún y quitándole a los muertos los toldillos con que los habían cubierto.

—¿Por qué hizo eso? —le pregunté, sentadas las dos en su casa de Quibdó, bajo techos de guadua, materas con flores de colores, el pan horneándose en la cocina y bibliotecas de pulidas maderas con libros maravillosos.

—Pues porque tenía que dárselos a los vivos —me respondió mientras bordaba unas tarjetas de navidad que llevaría a la cárcel de mujeres, a las que les está enseñando a coser. —Cuando las mujeres bordan, lo que hacen se ve —me dice—. Han visto sentido en la vida y siento que mi vida ha valido. El ejemplo hace escuela —y entonces se levanta porque debe hacer más cosas. Antes de irse me pide que cuente que sí, que premios como esos valen la pena porque reconocen y motivan a seguir trabajando. —Pero estamos trabajando en una utopía, sinceramente. No hay fuentes de ingresos, aquí estudian, ¿y en qué pueden trabajar? No hay nada en que se puedan ganar la vida. Por eso diga en esa crónica que crean en nuestras mujeres, que compren productos regionales, no más cafés Juan Valdés.

Compro varias muñecas para los amigos de mis hijos y compro manteles para mi tía, delantales para mi madre, servilletas para mis cuñadas. Salgo. Voy a reservar mi tiquete de regreso en Satena. Veo un vendedor de mango. Es Aniceto. Ya no se le ven las venas, ni los dientes, ni el dolor. A Aniceto, como a todos aquí, se le ven las ganas de vivir.